

EL VALOR RELIGIOSO DE LA NATURALEZA

Notas para una espiritualidad de Fr. Luis de León

Fray Luis de León piensa, siente y aspira en medio de la naturaleza. La naturaleza es para él un espectáculo maravilloso del que no se puede perder ni uno solo de sus accidentes o matices. Sus sentidos están continuamente frescos para captar y ofrecer a la mente toda la riqueza perceptible que cada uno de los seres guarda dentro de sí mismo. Todos y cada uno de sus escritos se hallan repletos de una asombrosa riqueza de observaciones, la mayor parte de las veces, de las más puras y delicadas sugerencias.

Mas si la naturaleza con toda su infinita gama de detalles está presente al espíritu de Fray Luis, éste no se entrega total e íntegramente a ella vaciándose en cada uno de sus elementos. Las cosas, los objetos actúan, sí, plenamente sobre cada uno de sus sentidos, pero sin lograr arrastrarle, sin lograr llevárselo tras de sí mismas(1). Fray Luis se sitúa frente a la naturaleza manteniéndose siempre a sí mismo como centro, no como una de tantas partes: no son precisamente las cosas las que obran sobre él sino que es más bien él quien ejerce sobre cada una de ellas la aprehensión espiritual. Las observaciones y atisbos que nos entrega a lo largo de sus obras, no las ofrece para que se agoten y consuman regalándonos su propia belleza, sino por ser transparentes revelaciones de una llamada divina que su alma canta en lo más íntimo de cada ser.

Es cierto que a Fray Luis se le acostumbra a conocer generalmente como el cantor de la naturaleza, de las vivezas de la creación; más aún, se le ha juzgado como un idólatra de las bellezas externas de la campiña. Mas, penetrando en la integridad de su pensamiento, podremos observar que su alma extrae un contenido aún más profundo del hondón de cada uno de estos seres. Contempla, sí, con mirada pura los esplendores de la creación, pero ante todo

(1) *Nombres de Cristo*. Introducción al Libro I, pág. 393. (Obras Completas Castellanas, Edic. P. Félix García, B. A. C. Madrid 1951).

es para ver en ella la imagen de las realidades eternas, el símbolo de una belleza infinitamente superior (2). Todas estas cosas hermosas que nos rodean poseen aún otro ser distinto de éste que espontáneamente muestran a nuestra mirada: un oculto y verdadero ser cuya contemplación nos eleva y asemeja más y más a Dios (3), y cuya verdadera realidad radica en su propia semejanza con Dios (4). Y es a través de esta verdadera naturaleza de las criaturas como Dios nos llama a los hombres hacia sí (5), ya que todas las criaturas portan en su interior un mensaje divino (6).

A lo largo de sus meditaciones sobre la naturaleza, lejos de absorberse íntegra y totalmente en la inmanencia de las cosas, no cesa de suspirar con nostalgia por las felicidades del cielo. El espectáculo de este mundo exterior y derramado le incita siempre a remontarse hasta aquella Fuente Increada de donde manan todos los seres, llorando, a la vez, el oscuro pecado por ser precisamente él quien, durante el curso de esta vida mortal, nos separa de la Suprema Belleza. Más aún, no se le presenta la naturaleza en sí misma como agradable jardín, lleno de paz y de suavidad, sino como oscura y fría cárcel donde la humanidad se siente continuamente torturada (7).

Ahora bien, este ser de las criaturas, símbolo e imagen de Dios, es tanto más perfecto cuanto más en concierto y unidad esté con

(2) *Id.* Brazo de Dios, pág. 521.

(3) *Id.* Pimpollo, pág. 413; Brazo de Dios, págs. 529-530; De los nombres en general, pág. 397.

(4). «Porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más a El, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pío general de todas las cosas, y el fin y como el blanco a donde envían sus deseos las criaturas». *Nombres de Cristo*. De los nombres en general, pág. 396.

(5) «Porque si lo consideramos como debemos, nos llama a Sí con cuanto en nosotros hace, y por fuera nos representa. Por el orden que en las criaturas puso nos llama; por la hermosura de ellas y por sus virtudes hechas para nuestro provecho; por el sucederse las noches y días; por las tinieblas y la luz; por los buenos y malos tiempos; por la salud, por la enfermedad, por las menguas o las dotes del cuerpo; por la alegría interior, por la abundancia de regalo, por las sequedades y males; por todo nos dice que miremos a El, que conozcamos su poderosa mano, que sigamos sus leyes y nos dejemos llevar de su gobierno sabio y santísimo». *Exposición al Libro de Job*. XXXVI, 12, pág. 1207.

(6) Cfr. Opera. II, pág. 70; *Id.* pág. 194, 421; VI pág. 111, etc. (Edic. Fray Marcelino Gutiérrez, 7 vols. Salmanticae, 1891-95).

(7) «Y por esta razón, los deleites que nos dan estos bienes son deleites menguados y no puros; lo uno, porque se fundan en mengua y en necesidad y tristeza; y lo otro, porque no duran más de lo que ella dura, por donde

TEXTOS Y GLOSAS

los otros seres (8). Por esto es precisamente, por lo que a Fray Luis —alma extremadamente sensible— le impresionan tan hondamente la movilidad y multiplicidad de los seres en la medida en que los unos se afirman violentamente contra los otros en un exclusivismo cerrado. Para él el mayor mal que podría amenazar a la entraña misma del universo sería el que las criaturas llegasen a ser radicalmente extrañas las unas a las otras; que cerradas en su propio individualismo, rechazasen su integración en una fraternal unidad. De aquí que su alma esté continuamente ansiosa de unificación y de síntesis y llame con voces de gemido al Pastor divino para que constituya ese «hato amado» en el cual se han de integrar plenamente todos y cada uno de los diversos seres (9). El orden, el concierto, la paz son la perfección de todo ser, el símbolo de la virtud y la felicidad (10). Su ideal, el centro de todo su pensar, consiste en relacionar absolutamente a todos los seres en armonioso y unificado concierto.

Esta posición de Fray Luis ante los valores de la naturaleza se refleja y transparenta con suma diaphanidad a lo largo de todas sus obras; sin embargo, es a través de sus obras castellanas donde con más fuerza se exhalan los afectos y sentimientos con los que la naturaleza atenaza su corazón. Y esta actitud suya es predomi-

siempre la traen junto a sí, y como mezclada consigo». *Los Nombres de Cristo*. Esposo, pág. 635.

«Y no tiene cimiento de ser macizo y suyo ninguna de las cosas criadas —añadió luego Marcelo—; luego todas ellas, cuanto de sí es, amenazan caída, y, por decir lo que es, caminan cuanto es de suyo al menoscabo y al empeoramiento; y como tuvieron principio de nada, vuélvense cuanto es de su parte, a su principio y descubren la mala lista de su linaje, unas deshaciéndose del todo y otras empeorándose siempre». *Id.* Jesús. pág. 761.

(8) «Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando yo en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos el ser mío, se abraza y eslabone toda esta máquina del universo, y se reduzca a la unidad la muchedumbre de sus diferencias; y quedando no mezcladas, se mezclen; y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que, extendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura a Dios, de quien ama, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprensibles, una sola perfecta y sencilla excelencia». *Nombres de Cristo*. De los nombres en general, págs. 396-397.

(9) *Id.* Pimpollo, pág. 415; Jesús, pág. 762.

(10) Es sin duda, el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así, dondequiera que la ven, la aman. Y no sólo de ella, mas la vista de su imagen de ella las enamora y las enciende en codicia de asemejarsele, porque todo se inclina fácil y dulcemente a su bien. Y aún si confesamos, como es justo confesar, la verdad, no solamente la paz es amada generalmente de

nante de deseo de adquirir la naturaleza y de gozo de poseerla, pero gozo y deseo cargados con los más valiosos y ricos matices de su alma.

El campo es para Fray Luis, en primer término «escuela de inocencia y de verdad» (11). A todos aquellos que lo contemplan y sobre todo viven en él, les infunde un amor «puro y ordenado a buen fin» (12). «Más aún, la vida del campo es uno de los medios más eficaces y apropiados para adquirir la suprema felicidad del cielo» (13).

El tema del firmamento cubierto de estrellas, la noche sosegada, es sin duda el tema más amorosamente desarrollado por Fray Luis. Con la misma identidad de expresión lo va repitiendo una y otra vez en cada uno de sus escritos para culminar, por fin, en aquella su inmortal oda a la «Noche serena». El alma de Fray Luis es extraordinariamente sensible al lenguaje de las estrellas, al sentido de la noche: esto es lo que nos hace comprensible aquella su precisión y delicadeza en detallar uno a uno los afectos que su contemplación derrama en el alma (14). La noche infunde en el corazón armoniosa calma y sosegado concierto que le inclina hacia la inmortal armonía (15). Es, en fin, un medio, y quizás el más eficaz y favorable, para purificar nuestras pasiones e incitarnos al desprendimiento de las cosas sensibles, orientando toda nuestra existencia hacia las realidades espirituales, hacia Dios (16).

La verdad, el orden, la paz son los valores que persigue su alma con auténtica viveza e intensidad a través de cada uno de los seres de la naturaleza. El retiro y la soledad de la naturaleza serán para todo hombre vida de libertad y de quietud, libertad y quietud necesarias siempre para lograr la suprema perfección de nosotros mismos... Esto es lo que nos va reflejando Fray Luis en cada uno de los epítetos —símbolos fieles de sus más íntimos deseos— con los que va determinando uno a uno los más diversos seres.

En conclusión podremos afirmar que Fray Luis ama la naturaleza y la ama fundamentalmente como espectador. Su mirada está siem-

todos, mas solamente ella es amada y seguida y procurada por todos. Porque cuanto se obra en esta vida por los que vivimos en ella, y cuanto se desea y afana, es por conseguir este bien de la paz; y éste es el blanco adonde enderezan su intento, y el bien a que aspiran todas las cosas». *Id.* Príncipe de la paz, pág. 586.

(11) *La perfecta casada*, cap. II, pág. 253.

(12) *Los Nombres de Cristo*. Pastor, pág. 446.

(13) *Id.* Pastor, pág. 448.

(14) *Id.* Príncipe de la paz, pág. 586.

(15) *Exposición al Libro de Job*, XXXVIII, 37, pág. 1244.

(16) *Id.* XXXV, 10, pág. 1197-98.

TEXTOS Y GLOSAS

pre vigilante a todo el latir de la naturaleza: sus formas, sus movimientos, sus ruidos son objetos apreciados por su fina y delicada sensibilidad, pero objetos captados no bajo cualesquiera de sus detalles, sino, ante todo, repletos de energía y vitalidad, de un dinamismo interno que los arrastra hacia el Supremo Creador.

Concertando en lo más íntimo de su generosa mentalidad todos los ricos hallazgos que de la naturaleza hizo el Renacimiento —y recordemos que Fray Luis es síntesis perfecta del Renacimiento (17)— lo mismo que la concepción agustiniana del universo, es como la naturaleza adquiere su pleno valor dentro del pensamiento de Fray Luis: Dios camina paso a paso «tras las ramas de los árboles», «el suave piar de las aves», «el colorear de las nubes»... y nos llama hacia sí. Si el hombre con angustia en el alma desea encontrarse con Dios, la naturaleza es su mejor camino ya que la naturaleza de Fray Luis es una naturaleza trascendida, teológica (18).

P. JAIME GARCIA, O. S. A.

(17) P. FÉLIX GARCÍA. *Introducción general a las Obras Completas Castellanas de Fray Luis de León*, pág. II y ss. (Edic. B. A. C. 1951).

(18) P. FÉLIX GARCÍA. *Introducción a los Nombres de Cristo*, págs. 366 y siguientes.